

Las parejas jóvenes

A lo largo de los últimos años los estudios sociológicos han ido reflejando la evolución de las formas en las que los hombres y las mujeres experimentaban los procesos vitales: la educación, la formación para el trabajo, el entrenamiento e incorporación laboral, las primeras relaciones sexuales, la formación de la pareja, el establecimiento de la convivencia y la estabilidad del matrimonio. Y los sociólogos nos han ido contando como todo esto ha cambiado fuertemente en nuestro país. No sólo se han transformado las instituciones políticas sino que, a la vez, han cambiado los estilos de vida, las costumbres sexuales, las formas de consumo y tantas otras cosas.

La vida de las mujeres

Quiero dedicar este artículo introductorio a explicar que una de las variables más importantes de cambio social en España ha sido la evolución de la vida de las mujeres jóvenes. El cambio de las mujeres en los últimos años ha sido tan intenso que sería imposible no advertirlo, a simple vista, para cualquiera que volviera después de veinte años de ausencia. La forma de vivir ha cambiado enormemente en nuestro país, sobre todo la de los jóvenes, tanto de los hombres como de las mujeres. Aun así, yo me atrevería a decir que la transformación de la vida de las mujeres ha sido aun más intensa que el cambio sufrido por los hombres. Mi hipótesis es que la vida femenina ha cambiado de forma radical y que por este cambio es uno de los grandes impulsores de la transformación general de nuestra sociedad.

Voy a intentar señalar los rasgos de este cambio. El cambio ha sido profundo y ha coincidido con la transición política a la democracia en nuestro país. Las mujeres han cambiado extraordinariamente sus expectativas vitales, han cambiado su preparación para la vida adulta y han cambiado sobre todo su sentido de la identidad y de la libertad.

Fluidez del género

Uno de los primeros cambios que advertimos en este proceso de evolución es que, en todas estas variables de preparación y desarrollo de la vida adulta, se están atenuando progresivamente las diferencias de género. Uno de los rasgos que advertimos en la actualidad es como se van atenuando las diferencias de género en términos de ambiciones y de expectativas vitales. Cada vez los hombres y las mujeres diseñan su futuro de una forma más parecida.

El acercamiento de las vidas de hombres y mujeres se produce de forma más aguda entre los jóvenes. Esta fluidez del género se advierte más claramente entre las capas más altas de la sociedad, entre los grupos de jóvenes que se sitúan en los niveles de mayor nivel cultural, de mayor nivel de ingresos y de posiciones de liderazgo dentro de los distintos grupos sociales.

Coinciden en ser éstos los que adoptan comportamientos más vanguardistas en casi todos los aspectos del cambio social y cultural. Este rasgo era uno de los más llamativos que me explicaban hace unos días los investigadores de *Escario Research* en unos estudios que estaban llevando a cabo sobre pautas de comportamiento y de consumo de los jóvenes. Siguiendo metodologías muy innovadoras de carácter etnográfico trataban, en este instituto de investigación, de conocer cuales son los rasgos más significativos que indican las tendencias de cambio en las formas de vivir, de relacionarse, de salir, de viajar y de consumir de los jóvenes. En la forma de plantearse la vida, en las relaciones de pareja, en la dedicación al trabajo etc. Y me decían que entre los grupos sociales más de vanguardia, los que podríamos llamar más actuales o postmodernos apenas aparecen diferencias de género.

Aspiraciones

Esta fluidez del género tiene unas repercusiones indudables en las relaciones entre los hombres y las mujeres y las formas de convivencia, así como en la formación de las familias. Y ello conlleva una transformación significativa de las pautas de conducta en relación a la formación de pareja y al matrimonio.

Si las mujeres tienen aspiraciones de carácter educativo y laboral similares a las de los hombres las decisiones en cuanto a las relaciones de pareja van a depender tanto del establecimiento laboral de ellos como de ellas. Para tomar la decisión de casarse ha sido tradicional pensar con que medios contaba la pareja; y esto era lo mismo que decir cual era la situación del hombre. Ahora hay que pensar en la situación de los dos, tanto en cuanto a las necesidades económicas o de ingresos, como en las posibilidades de tiempo, la disposición y el lugar de residencia. Y más aún para tomar la decisión de tener un hijo, pero de eso no vamos a tratar ahora.

En este sentido vemos como el compromiso vital que supone la estabilidad de una pareja ha ido cambiando en la mente de las mujeres que se lo plantean acercándose, de alguna manera, a los planteamientos de los hombres.

Ampliación de la vida femenina

No creo que se pueda decir que se ha masculinizado la vida de las mujeres porque los criterios de autonomía y de libertad no son masculinos ni femeninos. A mi me parece más adecuado decir que se han ampliado los horizontes vitales de las mujeres para incorporar en ellos una serie de aspectos en cuanto a la formación, a la capacidad y el desempeño laboral, en cuanto a la autonomía y el deseo de manejarse libremente por el mundo, en cuanto a participar de la cultura y la política de la sociedad, aspectos que durante siglos estuvieron ausentes de la vida de las mujeres y que sin embargo presidieron la vida masculina.

Lo novedoso es ver como estas ideas y aspiraciones se incorporan a las formas y estilos de vida de las mujeres. Los rasgos de la transformación de la vida femenina que más significativamente advertimos entre las jóvenes son variados. La importancia de la educación y de la formación profesional. El proyecto de integración laboral. Las expectativas de vida de pareja y de formar una familia en igualdad de condiciones con el hombre. El sentido de individualidad e independencia respecto de los padres, así como la búsqueda

da de la autonomía personal desde la adolescencia. Una creciente importancia del grupo de amistad en ámbitos de estudio y de trabajo. Un deseo de viajar y conocer el mundo así como un interés por los asuntos sociales globales, la ecología y el tercer mundo. Todo ello en el marco de una conciencia de libertad personal.

La autonomía

La afirmación de la autonomía personal es una constante en la presentación del yo de las mujeres jóvenes que, paralelamente a su independencia asentada sobre el empleo y los ingresos económicos propios, buscan su definición vital de forma autónoma y previa a como establecen sus relaciones personales y de pareja.

Y es curioso advertir el impulso a la autonomía que las jóvenes reciben de sus madres. Muchas de las mujeres jóvenes de hoy tienen madres que viven en un modelo tradicional de familia pero que las impulsan a la autonomía y a la independencia, que las ayudan a hacer sus estudios o a mantener su trabajo, aun en casos en los que ayudarlas ha supuesto incrementar sus propias horas de trabajo.

Diversidad

La relación de pareja es central en las imágenes sociales de la felicidad, tanto para los hombres como para las mujeres. Hay muchos tipos de parejas: casadas o no, conviviendo o no, del mismo sexo o parejas de hombre y mujer, pero todas ellas tienen en común el considerarse como la representación del amor y de la idea de felicidad. Una pareja en concreto puede ser el origen de problemas y conflictos, puede no traer más que sinsabores, pero la imagen ideal de la felicidad individual, en nuestra sociedad, pasa por tener una pareja.

La pareja es un deseo que siempre está presente, aun entre las jóvenes que viven solas. Incluso, el vivir solas con relaciones estables de pareja es una de las formas más valoradas por las jóvenes como garantía de su independencia. No es posible más que para las mujeres que tienen ingresos propios. Y es dentro de estas mujeres, que son las que más pueden elegir sus formas de relación, donde vamos a encontrar un mayor nivel de libertad y de innovación.

Actualmente las mujeres jóvenes tienen abiertas todas las posibles opciones: las que viven solas, las que viven en pareja sin casarse y las que optan por contraer matrimonio. Los argumentos a favor de cada una de estas opciones son diversos; sin embargo, la característica que las impregna a todas y les da una cierta homogeneidad es que todas ellas están presididas por la eventualidad.

El rasgo común que presenta esta gama amplia de formas de pareja y de convivencia es la precariedad. En la sociedad actual el carácter de eventual es en el trasfondo de todas las relaciones de pareja. Se han acabado las certezas y no hay seguridad de que ninguna de estas formas de vida y convivencia sea para siempre. Las que más apuestan por la estabilidad son obviamente las que contraen matrimonio pero aun las casadas saben que las cosas pueden evolucionar de manera imprevista y con frecuencia hablan de la posibilidad de una ruptura.

Identidad

La condición contemporánea de la personalidad está fuertemente ligada a la identidad y dentro de ésta la identidad sexual ha adquirido una nueva relevancia que no tenía en la sociedad tradicional, en la que se consideraba como una característica adscrita e incuestionada de los hombres y las mujeres. Con el carácter reflexivo que han adquirido las sociedades actuales, las personas se preguntan por su identidad sexual e incluso se atreven a cuestionar o negar el sexo con el que nacieron. El individuo puede elegir sus prácticas sexuales libremente, incluso independientemente de que haya nacido hombre o mujer y, de hecho, su comportamiento constituye una manifestación de autonomía y una expresión de libertad.

La separación entre sexualidad y procreación se da por hecho, debido al poder que tienen las mujeres de controlar la concepción, lo que supone una transformación extraordinaria de todo lo referente al sexo. Las relaciones sexuales se hacen más libres, más autónomas y personales que nunca, quedando ligadas al proyecto del yo y a la expresión personal del individuo.

En este sentido de definición del yo se podría establecer un abanico de posibilidades entre dos tipos de mujeres según se definen a sí mismas con respecto a dos polos de identificación sexual como *objetos* o como *sujetos* de la atracción y el placer sexual.

Sublimación de la feminidad

Ésta es la identidad que han asumido tradicionalmente la mayoría de las mujeres, que guardaban su sexualidad para asegurarse un matrimonio y que, una vez casadas, entregaban su cuerpo a cambio de la seguridad económica, la protección y el status que garantizaba el esposo. El placer sexual de estas mujeres no aparece con suficiente entidad ya que se considera subsidiario a sus obligaciones para con el placer del hombre. Esta visión acerca de la sexualidad femenina asume que sólo hay un modelo posible de mujer. La sexualidad femenina es inmutable, se configura como un bloque monolítico de rasgos que engloba todas las posibles y diversas experiencias de las mujeres.

Generalmente este tipo de identidad tiene como consecuencia, en el terreno del encuentro sexual, que la mujer se sienta incompleta, se vea a sí misma como carente de recursos y tienda a la sumisión frente a un compañero que es el que determina las pautas. Esta mujer acepta la dominación puesto que se ve a sí misma como diferente e inferior e incluso llega a ensalzar su capacidad de sacrificio como un valor propiamente femenino que le llena de orgullo. La infidelidad masculina se acepta bajo estas premisas, en tanto en cuanto el hombre es diferente de la mujer. Por naturaleza se atribuye un mayor impulso sexual a los hombres, lo que justifica en ellos un comportamiento promiscuo que viene legitimado por la biología.

Afirmación

Otro tipo de planteamiento, en las antípodas del anterior, es el de las mujeres que buscan su propia identidad sexual sin asumir una definición previa, heredada de la imagen tradicional de la feminidad, y que por tanto serán lo que ellas decidan *ser*. Aquí es dónde se sitúan las mujeres que se afirman como sujetos sexuales, aquellas que definen su identidad de ser mujeres por sí mismas no por lo que representan para los hombres. Son las que no creen

que su esencia femenina se limite a ser madres y rechazan la posición de objetos del deseo masculino como vía de su identidad sexual. Para ser mujer no es necesario ser madre ni aparecer como objeto de placer a los ojos de los hombres. Son mujeres que para reconocerse a sí mismas no necesitan la aprobación masculina, si bien la mirada del otro es un elemento del que no prescinden completamente.

Son mujeres que se sienten en igualdad de condiciones que los hombres. Buscan su satisfacción sexual y se sienten capaces de explorar su propio erotismo, que no viene predefinido en un supuesto código biológico ni por unas características psicológicas inamovibles, sino que es algo que se define y se construye con el desarrollo de su propia identidad. Las relaciones sexuales satisfactorias cobran para ellas una enorme relevancia. Al considerarse que ellas son igualmente importantes que su compañero en cuanto al desarrollo y a la satisfacción personal en el encuentro sexual, se pide también del otro un esfuerzo por comprender sus necesidades y preferencias. El compañero ideal para una mujer que quiera ser ella misma será aquel que, a través de la comunicación, pueda llegar a conocer a su compañera como persona única y específica.

La experiencia de la sexualidad

Este tipo de mujer se identifica como sujeto y no concibe que su deseo esté supeditado al del varón; puede congraciarse con la idea de ser objeto sexual, puede desear resultar atractiva, siempre y cuando a la vez sea también ella sujeto de deseos y actividades sexuales. De este modo el deseo se hace equilibrado, recíproco y la búsqueda de satisfacción es igualmente legítima para ambos; se acaba con la idea de que la mujer tiene que conformarse con lo que se encuentre.

Estas mujeres son las que pueden más fácilmente establecer relaciones de tipo asociativo e igualitario con los hombres. La comunicación cobra un aspecto primordial y la afirmación de la identidad sexual de ambos se incorpora en el conjunto de las relaciones que se entrelazan en la pareja. Por otra parte, para ellas la heterosexualidad es una elección personal y la exclusividad sexual no es algo dado, sino algo pactado. Si ellas personalmente valoran la fidelidad, hablarán con sus compañeros para establecerla como requisito mutuamente vinculante.

El pacto de libertad sexual puede ser aceptado si es el resultado de la comunicación y negociación íntima que se sella con la confianza recíproca. Siempre y cuando ambos se comporten en consonancia con su pacto, la relación será sincera y reconfortante. Según este modelo relacional, si ambos aceptan la infidelidad, la relación no se romperá. La verdadera ruptura es la mentira. El engaño no se define ya por un acto sexual sino por la mentira u ocultación que destruye la sinceridad y quiebra las bases de la relación de esa pareja.

Cambio generacional

Debido a sus nuevas condiciones educativas y laborales, las jóvenes españolas están alejándose, del primer tipo extremo que hemos denominado del *objeto* y acercarse en el abanico de comportamientos a la identidad sexual al tipo del *sujeto*. Esta evolución condiciona directamente su vida sexual y cambia sus actitudes ante la elección de pareja, las relaciones íntimas, la búsqueda de la satisfacción sexual, la estabilidad y la infidelidad.

Las mujeres jóvenes cuando hablan con sus madres y sus abuelas constatan el cambio tan drástico que se ha producido en España con relación a la sexualidad femenina. Hubo un periodo de tal oscurantismo con respecto a las funciones básicas del cuerpo femenino que no era posible para las mujeres saber nada acerca de sí mismas. En un primer momento se produjo una ruptura con la forma en la que las mujeres se relacionaban con su cuerpo, ruptura que no vino de la mano del erotismo, sino de la educación naturalista, del aprendizaje de las ciencias naturales y la biología en la escuela.

Los jóvenes actuales reciben una educación sexual básica en la escuela y tienen acceso a todo tipo de información. De este modo, tanto ellos como ellas conocen las características y el funcionamiento del cuerpo femenino y masculino, saben acerca de las funciones reproductoras de ambos y conoce las formas posibles de controlar las consecuencias de las relaciones sexuales. Hay todavía una enorme cantidad de embarazos indeseados entre jóvenes y adolescentes pero son debidos en mayor medida a la imprudencia que a la falta de conocimientos.

Educación sexual

La educación se ha extendido y, sobre todo, se ha hecho más laica. La extensión del laicismo ha contribuido enormemente a disminuir la carga moral que antaño cubría todo lo referente al sexo. La sexualidad ha pasado de ser un tabú a ser un tema general, abierto y público que se trata en la escuela, las familias, con los amigos y que está constantemente presente en los medios de comunicación. Especialmente con respecto de la sexualidad femenina el cambio ha sido drástico. El silencio y el oscurantismo que tuvo la sociedad española durante décadas han dado paso a un interés creciente, animado sobre todo por los medios de comunicación, en cuanto a la divulgación y la discusión de estos temas.

Hemos pasado en pocos años de un silencio total a una presencia frecuente de imágenes, debates e informaciones sobre el sexo, lo que refleja la curiosidad de la población sobre estas cuestiones. Las encuestas indican que las mujeres siguen con interés las informaciones sobre estos temas y las revistas dirigidas al público femenino son las que más frecuentemente tratan temas de sexualidad. Incluso, según una encuesta reciente de carácter nacional, son las mujeres las que en mayor medida siguen los programas de radio y televisión sobre el sexo y las que más hablan sobre ello con sus amigos y amigas.

Sexualización de la sociedad

Durante siglos la sexualidad femenina ha estado dominada por la ignorancia y el miedo. El gran factor del miedo ha sido el desconocimiento. Se reprimía a los individuos mediante el temor, de modo que las mujeres sólo se podían sentir protegidas dentro de un matrimonio. Y un resultado colateral de la ignorancia y el miedo fueron las inhibiciones con respecto al placer y la desconfianza respecto de las propias capacidades individuales.

La información y la naturalidad con las que se habla hoy de estas cuestiones han producido, a la vez, una banalización de las mismas. Hemos pasado de que fuera lo más importante en la vida de una mujer, tener o no tener relaciones sexuales, a que sea un aspecto más de su biografía individual. La información sexual, la libertad y la autonomía que han alcanzado las mujeres respecto de los límites y las prohibiciones del pasado se ven, por parte de las jóvenes, como una mejora pero, sin embargo tampoco le dan gran importancia.

El miedo se ha disipado de las mentes de las españolas, que han pasado a integrar su sexualidad como parte de la personalidad total y como un derecho individual respecto del cual pueden exigir un nivel de libertad.

Probablemente se inicia ahora una nueva ruptura de permisividad y búsqueda de experiencias hedonistas a través del cuerpo a la que acceden sobre todo las nuevas generaciones urbanas. Las mujeres se han hecho dueñas de sus cuerpos y son las que deciden sobre su reproducción. De este modo, pueden disfrutar de una sexualidad más desinhibida y placentera. El sexo ha perdido su connotación de peligro y ya no tienen por qué soportar consecuencias no deseadas en sus cuerpos. Así, las mujeres están en una posición mucho más igualitaria respecto a los hombres, al menos en cuanto a lo que les pueden comprometer las relaciones sexuales.

La sexualidad como comunicación

La sexualidad se ha convertido en un código de comunicación. La valoración positiva que hacen de su mayor información y sus posibilidades de control es uno de los aspectos claves de las vivencias actuales de las jóvenes con respecto a la sexualidad. Otro elemento que consideran fundamental es la posibilidad de comunicarse con su pareja. Para la mayoría de las mujeres la sexualidad es una forma de expresión que se inscribe en una relación de pareja como un cauce de comunicación que refuerza la intimidad y la sensación de unión. La satisfacción psicológica y física depende en gran medida de lo sincera que sea la vida sexual, en el sentido que ambas partes se conozcan lo mejor posible y expresen sus deseos verbalmente.

En los años sesenta, en la literatura de los sexólogos norteamericanos, se empezó a hablar de la enorme incidencia de la frigidez femenina. Como consecuencia de la enorme cantidad de estudios que se han dedicado al tema desde entonces, ha pasado a ser una cosa conocida por todos que la sexualidad femenina no es algo simple ni que se satisfaga automáticamente con el coito a la vieja usanza patriarcal, sino que requiere un conocimiento y un interés por parte de ambos miembros de la pareja. Y esto lo saben y lo manifiestan las mujeres jóvenes.

La satisfacción sexual de la mujer ha pasado a ser también una aspiración de los hombres que buscan en las relaciones sexuales un entendimiento personal y amoroso completo. Y para las mujeres forma parte de sus aspiraciones y de sus exigencias en consonancia con la unión y vinculación afectiva. El éxito en una relación amorosa pasa por el éxito en sus relaciones sexuales y para alcanzarlo se pide la colaboración y el esfuerzo de las dos partes de la pareja.

El valor del aprendizaje

La idea del desarrollo sexual como aprendizaje lleva incluso a que se valoren las experiencias anteriores como preparación. Se ha llegado al punto en el que las parejas aprenden sobre la base de sus relaciones anteriores y algunas mujeres pueden explicar sus necesidades al reflexionar retrospectivamente sobre sus relaciones pasadas.

Sin embargo, hablar de cuestiones sexuales sigue siendo difícil y ello se refleja en el hecho de que las mujeres, y los hombres jóvenes, rehúsan utilizar algunas palabras, inventando rodeos alusivos y sin querer referirse direc-

tamente a ciertos temas. Incluso la palabra sexo se utiliza poco, se da por sobreentendida, prefiriendo frases incompletas y poco concretas. Tales omisiones lingüísticas reflejan la persistencia de inhibiciones tradicionales que están todavía profundamente enraizadas. Las nuevas generaciones van perdiendo muchos de los tabúes ligados a las cuestiones sexuales pero es evidente que la influencia del pasado marca todavía la difícil relación de los españoles con las cuestiones sexuales.

Por supuesto que el cambio es importante. No hace demasiados años que hubiese sido impensable que una mujer hablase abiertamente de su pasado sexual. Si era casada por entender que no podía haber tenido relaciones anteriores a su matrimonio y si era soltera con mayor razón, ya que la virginidad femenina se ensalzaba como valor positivo e imprescindible. Una mujer joven experimentada no podía hablar de su sexualidad abiertamente si no quería ser tachada por los hombres, y por el resto de las mujeres, con todo tipo de epítetos desvalorizadores. Para ser juzgada positivamente una mujer tenía que ser virgen o al menos aparentarlo.

Se advierte una progresiva liberalización de la sexualidad femenina entendida como una equiparación de derechos. Se identifica la libertad y la igualdad sexual con el derecho a la información y la educación en estas materias, con el derecho a controlar el propio cuerpo, las posibilidades de expresarse a través de la propia sexualidad y, en definitiva, el derecho a alcanzar el propio placer.

Sexualidad femenina y masculina

Al hablar de la revolución sexual de los años setenta, los sociólogos explican como los modelos masculino y femenino del comportamiento sexual se regían por la doble moral, es decir, existía un código de conducta mucho más estricto para las mujeres. Este doble rasero de evaluación permitía al hombre disfrutar de una libertad sexual que, precisamente descansaba en la negación de un derecho igual para las mujeres, se podía convertir en abusiva. Afortunadamente, esta norma de desigualdad va perdiendo vigencia al reconocer la sociedad los mismos derechos a las mujeres. Son sobre todo las mujeres urbanas, con un buen nivel de educación las que pueden ejercerlos pero, en términos generales se ha deslegitimado esta doble moral, aunque se resista a desaparecer del todo.

Sin embargo, este proceso de cambio no ha tocado fondo y sigue en marcha pues las imágenes sociales de hombres y mujeres están todavía muy diferenciadas en relación a la sexualidad. Los comportamientos reales muestran que los varones todavía tienen mayor libertad interna y externa a la hora de definir su sexualidad y buscar el placer. Todavía se advierte la vigencia de los estereotipos tradicionales que oponen las imágenes de la virgen a la de la prostituta y las utilizan como designaciones relacionadas con la sexualidad y con la represión del derecho de las mujeres a la libertad sexual. La interiorización de esta alternativa puede ser la causa explicativa de muchas de las tensiones y angustias que sienten las mujeres a la hora de manifestar sus deseos.

Por otra parte, y como consecuencia de la mayor importancia y seguridad de las mujeres en los protocolos que rigen las relaciones sexuales están entrando en estas muchas de las formas femeninas de relación y se están refinando las maneras del entendimiento sexual, hay unas nuevas normas de relación sexual. Las costumbres sexuales están cambiando. Cada vez son mas las

mujeres que reivindican sus derechos sexuales y reproductivos de un extremo a otro del mundo, los hombres están adoptando una perspectiva más femenina de la cortesía sexual. Las mujeres están feminizando el erotismo.

Exigencias

La defensa de la propia identidad se enfrenta con la necesidad de compromiso implícita en las relaciones de pareja. Y en ese equilibrio entre el compromiso y la salvaguarda de la autonomía personal se dilucidan las relaciones de pareja. Las mujeres jóvenes, que se encuentran insertas en un proceso de cambio, tienen ante ellas una serie de contradicciones para las que no existen aun modelos, tanto a nivel de las cuestiones “prácticas” o de intendencia doméstica, como a niveles afectivos.

Al considerarse que las mujeres pueden marcar las líneas de la interpelación sexual por igual que los hombres, la justificación de la doble moral y de la menor importancia de la satisfacción sexual femenina va retrocediendo. Como resultado de este proceso de aumento de las exigencias y de los apetitos sexuales de buena parte de las mujeres se dan, en la actualidad, las condiciones más favorables que nunca al disfrute de todos en las relaciones sexuales. Las mujeres exigen una equiparación con los hombres en su libertad sexual, se niegan a ser coaccionadas, rechazan el doble rasero de medir la moral sexual femenina y masculina, con lo cual sus comportamientos son mas libres, más autónomos, más auténticos y potencialmente más satisfactorios para todos.

Compromiso

La decisión de vivir juntos, ya sea con matrimonio o sin él, es el terreno en el que se dilucidan los problemas profundos y a la vez inmediatos de las parejas. Ocupa un lugar prioritario en las relaciones de la gente joven porque es la arena en la que se debaten una serie de cuestiones íntimamente unidas al concepto de feminidad y masculinidad que trascienden incluso los afectos. La convivencia, y las reglas de juego que sobre ella se establecen, es crítica en cuanto que es donde se definen los roles y los espacios respectivos del hombre y de la mujer. El equilibrio en el reparto de responsabilidades y deberes de cada uno en la vida cotidiana constituye una reclamación esencial de las mujeres que lo ven como elemento necesario para romper con la idea según la cual el espacio privado es para las mujeres y para los hombres es el espacio público.

La mayoría de las mujeres, que no tienen ni ambiciones ni posibilidades de acceder a compartir el poder de decisión en otros ámbitos de la sociedad, advierten que su lucha fundamental por la igualdad está en el terreno cotidiano del día a día. El éxito de la convivencia en las parejas jóvenes, y en las mentalidades más progresistas, pasa sin duda por la equidad en el contrato doméstico, y pasa por no tener que exigir diariamente el cumplimiento de lo pactado en cuanto a ese nuevo contrato de igualdad.

Convivencia

En esta intimidad diaria de la vida cotidiana está comprometido el éxito de la convivencia y la autoestima como persona de las mujeres, en la medida en que conseguir un reparto equilibrado de las funciones domésticas, supone

ante ellas mismas y ante los demás una revalorización de su imagen, y haber alcanzado y adoptado los valores que definen a las mujeres modernas.

La preparación de los jóvenes para la convivencia en pareja está en función de las formas de socialización que tanto hombres como mujeres hayan recibido. A este respecto tiene mucho que ver la edad de emancipación de los jóvenes y las pautas de mantenimiento durante un largo periodo de tiempo de los jóvenes adultos en el hogar de sus padres. La emancipación temprana de los jóvenes en la mayoría de los países europeos va unida a que éstos viven por su cuenta durante una serie de años antes de formar pareja y contraer matrimonio. Esto les obliga a un cierto entrenamiento que es mucho menos frecuente cuando los jóvenes viven en el hogar paterno hasta una edad más avanzada.

Socialización

Hay una gran diferencia en las pautas de comportamiento de los padres y, sobre todo de las madres, cuando se trata de hijos o de hijas. Pues mientras que es habitual, al menos en nuestro país, que los hijos no compartan apenas las tareas y ocupaciones domésticas en la casa de los padres, para las mujeres esta norma no es regla general. A la mayoría de las mujeres se las entrena en la ayuda doméstica aunque vivan en casa de sus padres. Sólo en los últimos años y como consecuencia de esta transformación del rol femenino encontramos una serie de mujeres apenas entrenadas, la mayoría de las veces como consecuencia de ese deseo de las madres de ayudar a sus hijas a que se desenvuelvan en el mundo exterior evitándoles en la medida de lo posible cualquier ocupación doméstica, que les quitaría tiempo para estudiar y trabajar.

De modo que la prolongación de la convivencia en el hogar paterno produce la absoluta incapacidad doméstica de buena parte de las generaciones jóvenes, que se acostumbran a vivir en la casa de sus progenitores sin apenas dedicarse a atender sus necesidades cotidianas.

Son sobre todo las mujeres de mediana edad las que están cargando con el peso de todos esos trabajos que son necesarios para hacer llevadera la vida cotidiana.

Las reglas del juego

Pues bien, entre las parejas jóvenes hay una gran diferencia según los grados de preparación que unos y otras tengan antes de ponerse a vivir juntos y, un dato que marca la diferencia es el que el hombre haya vivido por su cuenta previamente al matrimonio.

La independencia de los hombres respecto a su familia de origen supone un obligado paso por el entrenamiento en los trabajos domésticos. No hay mejor escuela que haber vivido solo, y sin ayuda de ningún tipo, para aprender de forma natural los quehaceres cotidianos. Sin embargo, la mayoría de los españoles son inútiles domésticos hasta muy avanzada su edad adulta.

Las mujeres que consideran que han ganado más terreno en este aspecto son las que obtienen un compromiso previo, que definen las reglas de juego antes de vivir juntos. La firmeza en la actitud respecto de esta nueva norma de compartir se refleja en algunas mujeres que prefieren abandonar sus criterios y exigencias de pulcritud en el hogar a ceder al comportamiento tradi-

cional del hombre de no responsabilizarse de la intendencia del hogar. Con tal de no ceder el terreno al “contrario” se pasa por el abandono, la dejadez, se cierran los ojos ante el desorden, se reducen las exigencias y se come cualquier cosa antes que claudicar cocinando sólo ellas. Aunque muchas veces la resistencia masculina es más fuerte que la insistencia femenina. Los hombres se escudan en que no han sido enseñados para realizar las tareas domésticas y hay que tener en cuenta que no es infrecuente, también entre las mujeres, la falta de preparación en estas cuestiones.

Los estudiantes europeos y norteamericanos pasan por ese entrenamiento en los años que median entre la salida de la casa de sus padres y el matrimonio. En España, el retraso de la edad de emancipación no deja lugar a esta fase intermedia y son muchos los jóvenes, incluso entre las mujeres, que no tienen apenas noción de los trabajos más básicos de la supervivencia doméstica

Precariedad

Vivir en pareja es un proyecto a largo plazo y, sin embargo, ya no existe la confianza total en que el amor va a durar para toda la vida. El pragmatismo impregna la sociedad actual y los jóvenes saben que siempre existe la posibilidad de ruptura. La forma más razonable de vivir en pareja es tener presente siempre la autonomía y la libertad del otro. En conclusión, se puede afirmar que las parejas son actualmente más inestables debido al ámbito de independencia que tienen que respetar en el otro.

Y, a la vez, el valor de la pareja es creciente en una sociedad que evoluciona hacia un mayor individualismo. La pareja es más importante que nunca porque es dentro de ella donde el individuo vive los aspectos emocionales más significativos y más necesarios que nunca.